

Fragmento

¡Buenos días, princesa!

Blue Jeans



Blue Jeans



¡BUENOS DÍAS, PRINCESA!

CAPÍTULO I

—¡Entra!

—¡No entro!

—¿Que no? ¡Ya verás como sí!

—¡Es inútil! ¡No lo conseguiremos!

Pero Elisabet no se rinde. Un último esfuerzo. Aprieta los dientes, agarra el vaquero azul oscuro de Stradivarius y lo estira con fuerza hacia arriba. Con todas sus ganas. Poniendo sus cincuenta y cuatro kilos en la causa. Y... ¡premio! La tela asciende por las piernas de su amiga y se encaja a presión sobre sus muslos y caderas.

—¡Lo ves, lo ves! ¡Entraba! —grita eufórica mientras Valeria se pone de pie. Algo continúa sin ir bien.

—Sí, entraba. Pero ahora abrocha el botón y sube la cremallera, guapa.

—¿Qué? ¿No van?

La joven se levanta la camiseta y niega con la cabeza. Eli se alza del suelo y se aproxima a ella. Una frente a otra. Un nuevo reto. Morena y castaña con mechas rubias contra una cremallera y un botón.

—Encoge la tripa, nena.

—Pero ¿de qué sirve que la encoja? ¡Voy a estallar!

—¡No te pongas histérica! ¡Aquí no explotará nadie! ¡Mete el culo para dentro!

—¿Qué?

—¡El culo adentro! ¡Ya!

La chica obedece a su amiga. Encoge el estómago, el trasero para dentro... Hasta contiene la respiración todo lo que puede. Sin embargo, por más que entre las dos intentan que el botón del vaquero ceda, aquello se convierte en una misión imposible. No cierra.

Elísabet, desfallecida, ceja en su intento y se sienta en la cama resoplando. Mira a Valeria, que no parece muy contenta.

—Estoy gorda —indica ésta, apenada, mientras gesticula con las manos.

—No estás gorda. No seas tonta.

—O yo estoy gorda o tú has adelgazado mucho. Antes cabíamos en la misma ropa.

—¿Antes? ¡Hace mucho de eso!

—¡Da lo mismo! ¡El caso es que la treinta y seis no es mi talla!

—Ya me he dado cuenta, ya.

Valeria suspira y entra en el cuarto de baño dando zancadas. Se sienta sobre la tapa del váter y se quita el vaquero que le ha prestado Eli. Lo dobla, quejosa, y lo deja a un lado observándolo con tristeza. ¡El pantalón de Stradivarius es tan bonito! No ha sido una buena idea probarse la ropa de su amiga. Cuando le propuso que fuera a su casa y se cambiara allí antes de salir de marcha, para luego irse las dos juntas, debió negarse. ¡Ha echado caderas! ¡Y su culo no es el que tenía con quince años! Vale, sólo tiene dieciséis, pero el 13 de febrero, dentro de tres meses, cumplirá los diecisiete. ¡Ha engordado demasiado! La culpa es de los *brackets* que ha llevado durante el último año. ¡Estúpido aparato dental! Si los helados y esos pasteles tan blanditos no hubieran sido tan fáciles de comer... Ahora tiene los

dientes mejor, perfectos, pero ya no está delgada. O no tan delgada como querría.

Eli se acerca hasta su amiga y la ayuda a levantarse. Le dedica una sonrisa y le da una palmada en el trasero. Las dos se miran al espejo.

—¿Tú no me ves gorda?

—Para nada.

—¿Seguro?

—Segurísima.

—No te creo.

—Créeme, estás muy buena.

—¡Bah! Soy demasiado normal.

—Tú no eres normal, nena. Eres mucho más guapa que la mayoría de las chicas que conozco.

—¿Qué me das?, ¿un seis?

—Un ocho como mínimo.

Valeria contempla su rostro; un perfil, de frente, el otro perfil. Quizá Eli tenga razón. Es bastante monilla. Lo que pasa es que a su lado... Elísabet es todo un bellezón: pelo largo negrísimo, ojos verdes hipnotizadores, labios espectaculares, delgadita pero no escuálida... ¡Y una noventa y cinco de pecho! ¡Y sin relleno! Ella apenas llega a la noventa.

Hacía un tiempo no era así. Las dos estaban, podría decirse, empatadas. En cambio, una dio un salto hacia delante espectacular y la otra, simplemente, no saltó. Eli es bastante más mujer que ella. Se la ve más madura, menos cría. Y los tíos piensan lo mismo. ¿Cuántos líos ha tenido a lo largo de los últimos meses? Seis más que ella. Es decir, resultado de enero a noviembre de 2011: Elísabet, seis; Valeria, cero. Pero, en eso, y sólo en eso, no le importa demasiado que su amiga la gane. Ella está enamorada de alguien. De un chico, exclusivamente de un solo chico. Y para él se está guardando. En se-

creto. Porque ni su compañera de espejo sabe lo que siente.

—Tendré que salir vestida como he venido.

—Bueno, tu falda vaquera es bonita.

—Pero me gustaba tu pantalón de Stradivarius —commenta resoplando—. ¿Tú qué te vas a poner?

—El vestido negro.

—¿El ceñido?

—Sí. El ceñido.

¡No! ¡No! ¡No! Ese vestido le queda increíblemente perfecto. Todos la mirarán a ella. Bueno, últimamente, siempre la miran a ella. Sólo espera que él pase. Que él no le haga caso. Que él se centre en su falda vaquera y su camiseta rosa chicle. Porque hoy... hoy es el día.

—¿No pasarás frío?

—Que más da eso. Dentro de la disco hará calor. Pero, por si acaso, me pondré la chaqueta gris. Y unas medias.

—¿Y los tacones negros?

—Sí, y los tacones negros.

¡Ya le vale! ¡Que va a una discoteca un sábado por la noche, no a una fiesta de fin de año!

—Estarás guapísima.

—Gracias. Lo sé.

Intercambio de sonrisas. Y Eli sale del cuarto de baño tras darle un beso a su amiga.

Valeria vuelve a suspirar. La verdad es que aunque Eli sea lo más parecido a la perfección y, cuando ella está a su lado, parezca que no se la vea, que no exista, la quiere. La quiere mucho. Son amigas desde hace mucho y juntas han pasado por todo tipo de acontecimientos. Buenos y malos. Horribles y fabulosos. Y, además, las dos pertenecen al selecto grupo del Club de los Incomprendidos.

Eso de tener celos de Elisabet es una tontería. Mueve la cabeza de un lado para otro y mira a su alrededor. Ve sobre

una estantería un estuche de maquillaje. Lo alcanza y saca un lápiz de ojos de él. ¿Le quedará bien? Hoy tiene que estar perfecta. Es el día. ¡Es el día!

—¡Oye, Eli! ¿Puedo usar tu sombra de ojos? —grita sin dejar de contemplarse en el espejo.

—¡Claro, nena! —exclama la otra chica—. ¡Coge lo que quieras!

—¡Gracias!

Un poquito de maquillaje nunca viene mal. Tampoco demasiado. Le ha oído, a él, decir varias veces que no le gustan las chicas muy pintadas.

—¿Sabes, nena? Creo que hoy va a ser una gran noche. ¡Nuestra primera fiesta con universitarios! —comenta Eli cuando entra de nuevo en el cuarto de baño—. ¡Ey! ¡Eso te queda muy bien!

—¿Tú crees?

—Sí... espera —y, tras coger el lápiz, alarga un poco más la línea de los ojos de su amiga y le suelta el pelo; se lo peina con las manos y lo deja caer por sus hombros. A continuación, con una barra rosa, le pinta los labios delicadamente—. Ya está. Preciosa.

Valeria se humedece los labios y sonrío al espejo. Es verdad. No está nada mal. Pero nada, nada mal. Siente un escalofrío al imaginar lo que pensará él cuando la vea. ¿La verá más guapa que de costumbre? ¡Tiene que notar! ¡Se va a arreglar para sus ojos! ¡Y qué ojos! Azules, casi celestes. Los ojos más bonitos que ha visto en su vida. ¡Sí! ¡Esos ojos sólo deben fijarse en ella esta noche!

—Entonces, estoy bien, ¿no?

—¡Estás genial!

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! ¡Los universitarios caerán rendidos a tus pies! ¡Esta noche te ligas al tío que quieras!

¿Al que quiera? ¡Sólo quiere a uno! Y sí, debe ser esta noche. Ya han pasado los veinte días de plazo. Es lo que leyó en una revista una vez: «Si el chico del que estás perdiendo enamorado rompe con su novia, no te lances a por él inmediatamente. Si lo haces, sólo te tomará como un consuelo. Se liará contigo únicamente por el hecho de olvidar las penas. Serás un rollo pasajero. Pero ¡cuidado! Si esperas demasiado puede volver con su ex o, quizá, otra se te adelante. Veinte días después de la ruptura de tu amor con su ex pareja es el tiempo perfecto para intentarlo.»

—No sé...

—Estás muy bien. Será una noche inolvidable. Y tú triunfarás.

—Bueno...

La sonrisa de Eli anima a Valeria. Aunque algunas de su clase opinen que se ha vuelto una estúpida presumida y prepotente, ella no lo cree así. Simplemente tienen envidia de su físico y de que tenga tanto éxito con los tíos.

—¿Sabes, nena? Creo que hoy es el día —anuncia la chica de los ojos verdes mientras se desnuda. Su amiga la observa ensimismada. Tiene un cuerpo increíble. Sin duda, mucho mejor que el suyo.

—¿El día para qué? —pregunta confusa.

—Para lanzarme.

—¿Lanzarte?

—Sí. Creo que es el momento de dejar a un lado las tonterías y empezar algo serio con un tío que me quiera. Estoy cansada de niñatos.

¿De qué está hablando? Valeria no comprende nada de lo que dice su amiga. ¿Le gusta un chico? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no se lo ha confesado hasta ahora?

—¿Vas a declararte a alguien esta noche?

—Sí. Esta noche no voy a dejar escapar a Raúl.

CAPÍTULO 2

Suena un pitido. Alguien le ha escrito a la BlackBerry. Raúl corre hasta su cama, donde la dejó antes, y examina la pantalla. Es Ester. Le pregunta por los carnés. El teclado táctil ya no es un problema, como al principio, y contesta a toda velocidad.

Todo OK. Está arreglado. Nos vemos luego.

Sonriente, regresa al cuarto de baño y se contempla en el espejo. Se abrocha el último botón de la camisa azul que llevará esa noche y se echa un poco de Hugo Boss en el cuello. También en las muñecas. Aspira el aroma de la fragancia para comprobar que no se ha quedado corto. Un poco más le irá bien. Luego, con sumo cuidado, se arregla el pelo con un cepillo especial y el soplo de aire caliente del secador para que quede justo como él quiere. Se guiña un ojo a sí mismo y asiente conforme. ¡Listo!

Sale del baño canturreando un tema de Maldita Nerea y se acerca hasta la mesa en la que guarda el dinero. Sin embargo, una tos que proviene de la puerta de la habitación le desvela que no está solo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta al tiempo que se vuelve.

Dos niñas rubísimas, idénticas, con pijamas idénticos aunque de diferente color, lo miran muy serias.

—Mamá nos ha dicho que te digamos que no vuelvas muy tarde —comenta la que va vestida de rosa.

—¿Y por qué no me lo dice ella misma?

—Creo que se ha cansado de decirte las cosas.

Raúl se encoge de hombros y se da la vuelta. Sus hermanas gemelas no son precisamente un alarde de expresividad. Ni Bárbara ni Daniela. También a ellas les afectó lo de su padre. Han crecido muy de prisa y su forma de pensar y de actuar es diferente de la del resto de niñas de su edad. Si no fuera porque miden menos de un metro cuarenta, nadie diría que apenas han sobrepasado los once años. El chico se vuelve nuevamente al sentir todavía la presencia de las dos pequeñas.

—¿Queréis algo más?

—Sí. El portátil —responde la del pijama rojo.

—¿Para qué?

—Para bajarnos el capítulo de esta semana de «El Barco».

—No comprendo qué le veis a esa serie.

—Es la mejor serie del mundo.

—Es porque sale Mario Casas, ¿verdad?

Las dos niñas enrojecen y murmuran algo entre ellas sin que Raúl pueda entender lo que mascullan. ¡Vaya dos!

El joven se aproxima al rincón del dormitorio donde está el ordenador y lo apaga, después de borrar el historial reciente. No le apetece que sus hermanas cotilleen en su vida cibernética privada. Lo desenchufa y se lo entrega a Bárbara.

—Gracias —dicen al unísono y, sin más, corren por el pasillo hacia su cuarto.

De nuevo solo. Respira aliviado. Cada vez le cuesta más trabajo tener intimidad a pesar de que su habitación está

provista de cuarto de baño interior y de que sólo sale de allí cuando está en casa para comer y para cenar. Pero Bárbara y Daniela se han hecho mayores. Eso significa que entienden y se enteran de más cosas. Y que se quieren enterar de más. Son insaciables. Poco a poco, él se ha convertido en su principal objetivo. Cuando hace tres semanas cortó con su ex novia, ellas le sorprendieron entre irónicas sonrisillas con un «se veía venir».

¡Se veía venir! ¡Pero qué sabrían aquellas pequeñajas de primaria de relaciones!

Sus relaciones... Ése es otro tema complicado.

Ninguna ha funcionado. Todas han fracasado estrepitosamente. Y, además, el final siempre ha llegado por decisión suya. Y es que Raúl buscaba, en todos los casos, algo diferente a lo que las chicas con las que estaba deseaban. Con Beatriz, la última, a la que dejó hace unos días, todo acabó mal. Muy mal. Fatal. Pero es que no daba para más.

¿Tendrían razón las gemelas?

¿Se veía venir?

En cualquier caso, esto se va a terminar de una vez por todas. Sí. Estas semanas le han servido para reflexionar y darse cuenta de que va siendo hora de buscar algo más serio. Una relación de verdad. Dejarse de niñerías y comenzar los dieciocho años, que ya llegan, en enero, con una novia de verdad. Una de esas que estás deseando que te llame a cualquier hora del día y que te hace sentir el tío más afortunado del mundo cuando te besa. Alguien que te sorprenda con un «te quiero» y cuya mirada provoque que te falte la respiración. Una novia que merezca ser la protagonista de su película. Porque Raúl tiene un sueño, un gran sueño: ser director de cine. Pero, de momento, no ha encontrado a la musa que lo inspire.

Otra vez el pitido de la BB. Abre el WhatsApp. En esta ocasión es Bruno.

Tío, acabo de ganar a Holanda en los penaltis. ¡Soy campeón del mundo!

Puff. Este chico no tiene remedio. ¿Aún no se está preparando para salir? Luego se queja de que no se come una rosca. Son totalmente diferentes en casi todo. Tienen distintos intereses. Distinta manera de ver la vida. Distinto físico. Sin embargo, Raúl y Bruno son buenos amigos y ambos... pertenecen al Club de los Incomprendidos.

—Raúl ya ha solucionado lo de los carnés.

Un icono amarillo sonriente aparece en la ventana de conversación de Messenger entre Ester y María. Las dos llevan hablando un rato, escribiéndose sin *webcams* mientras se arreglan para salir.

—Genial.

—Sí. Espero que no nos salgan muy caros.

—Esta mañana dijo que diez euros cada uno.

—Si es diez euros, bien. Pero más no puedo pagar, no tengo más dinero —escribe Ester en su portátil—. Espera un segundo, Meri, que me voy a poner ya el regalo de mis padres. Y me das tu opinión.

—OK.

María suspira y también se levanta de la silla. Se dirige al pequeño tocador que hay en su habitación y vuelve a suspirar. No sabe cómo se le dará la noche. Tiene miedo. ¿Podrá controlarse una vez más? Lleva mucho tiempo soporlando aquella presión interior a la que está sometida un día tras otro. Pero debe ser fuerte. Sí, debe serlo.

Achina los ojos y mira hacia la pantalla del PC; en ella observa una petición por parte de su amiga para iniciar una videoconferencia. Se acerca lentamente y acepta. Ante ella aparece una preciosa chica morena con el flequillo en forma de cortinilla, cubriéndole la frente, que posa delante de la cámara de su ordenador. Sus ojos castaños, embelesados detrás de los cristales de sus lentes, se iluminan cuando la ve.

—¡Qué guapa! —exclama María mientras la contempla con una gran sonrisa.

—¿Te gusta el vestido?

—¡Es precioso! Te queda perfecto.

Ester da una vuelta sobre sí misma y sonrío. Su nuevo vestido blanco le encanta. Sus padres se lo regalaron hace dos días para celebrar su dieciséis cumpleaños. Aunque sabe el esfuerzo que ha supuesto para ellos, se siente feliz de verse con él.

—Muchas gracias, Meri.

—Es que estás muy guapa —insiste—. Ya me gustaría a mí parecerme un poquito a ti.

La chica se ajusta las gafas de pasta de color azul y se pone colorada. En eso nunca estará al nivel de su amiga. Ella es tan bonita... Además, su personalidad y carisma la convierten en una persona muy especial. Ester sería la novia perfecta para cualquier tío y la nuera que toda madre querría tener. Sin embargo, no ha salido con ningún chico desde que la conoce. Y de eso ha pasado ya un año y pico. Recuerda como si fuera ayer el momento en que la vio por primera vez. Era el día inaugural de cuarto de la ESO. Ella misma fue la que la introdujo en el Club de los Incomprendidos.

—¡Pero si tú eres un bombón! ¡Preciosa! —exclama la joven del vestido blanco al tiempo que arruga la nariz.

A María le encanta cuando hace ese gesto. ¡Es adorable!

—Bueno.

—Que sí, que sí. ¡Mira qué guapa te has puesto, pelirroja!

—Aunque la mona se vista de seda...

—Venga, Meri, no digas tonterías y anímate. ¡Fuera las gafas y ve a por esas lentillas verdes que te quedan tan bien!

—Es que luego me pican los ojos.

—Un día es un día.

Un día es un día. ¿Será hoy ese día? Tendría que emborracharse para atreverse. Si no sería imposible que diera ese paso adelante. Pero nunca ha probado el alcohol. Ni ha tenido tentaciones de probarlo. Considera que beber es una auténtica tontería. Perder el control por no contenerse es una estupidez. Pero... ¿quién sabe? Un día es un día.

—Bueno, te haré caso.

Se aleja de la cámara del ordenador y regresa al tocador. Allí, se quita las gafas y las deja a un lado. A continuación, abre una pequeña cajita de la que saca una de las lentillas. Con habilidad, se la coloca en el ojo izquierdo. Luego repite el proceso con la del ojo derecho. Se mira en el espejo y se sonríe.

La mona sigue siendo mona. Con gafas o con lentillas. Es lo que hay. Arruga la nariz para imitar el gesto que hace su amiga al reír. No es lo mismo. Ester y ella son como el día y la noche. Resignada, regresa hasta el ordenador. La otra chica se está peinando el flequillo delante de la *webcam*. Se pone de pie cuando la ve y exclama con gran euforia:

—¡Mírala, qué preciosa estás!

—No mientas o te crecerá la nariz.

—Yo nunca miento.

Aunque, en este caso, no dice la verdad. Si ellos supie-

ran que no todo es como parece... Pero Ester también sabe guardar secretos.

—Bueno. ¿A qué hora hemos quedado?

—Dentro de cuarenta minutos en la puerta del metro de Sol.

—¿Volveremos muy tarde?

—Yo no. Mañana tengo partido —indica Ester mientras revisa en la pantalla del ordenador cómo le ha quedado el flequillo.

—Yo tampoco. Demasiado es que he conseguido que mi madre me deje salir. No le gusta que esté por ahí de noche. Le he dicho que celebramos tu cumpleaños.

—¡A ti sí que te crecerá la nariz!

Ella preferiría que le crecieran otras cosas. Apenas se ha desarrollado. Sigue pareciendo una cría. ¡Cuándo se enterará su cuerpo de que está en plena adolescencia!

—Es que si le digo que voy a una fiesta de universitarios... no cruzo ni la puerta.

—Te entiendo. Yo a mis padres les he dicho que voy a una fiesta, pero tampoco he especificado quiénes van a estar en ella. Aunque ya te digo que no puedo volver muy tarde, porque mañana jugamos contra las primeras y hay que descansar.

—¿A qué hora es el partido?

—A la una.

—Iré a verte.

—Gracias, qué maja eres.

—Espero que ganéis.

—Yo también.

Las dos se miran a través de la pantalla, en silencio. Ester está sonriente y muy ilusionada. Mañana volverá a verlo. ¡Él! Qué ganas... ¡Qué ganas! Sólo espera que esta vez su querido entrenador la ponga en el equipo titular.